



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

27.- La transfiguración



unánimes

Estudios Bíblicos

N.27.- La Transfiguración

1. El texto

Lucas 9:27-36

Pero en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

Como ocho días después de estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su vestido se volvió blanco y resplandeciente. Y dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. Estos aparecieron rodeados de gloria; y hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén. Pedro y los que lo acompañaban estaban rendidos de sueño; pero, permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que estaban con él. Y sucedió que, mientras estos se alejaban de él, Pedro dijo a Jesús:

—Maestro, bueno es para nosotros estar aquí. Hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés y una para Elías.

Pero no sabía lo que decía. Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. Y vino una voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo amado; a él oíd».

Cuando cesó la voz, Jesús se encontraba solo. Ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.

2. Introducción

Usualmente los comentaristas no incluyen el versículo 27 dentro del cuerpo escritural a que se refiere la transfiguración. Nosotros hemos elegido hacerlo porque consideramos que hay una conexión entre la afirmación de Jesús: “*Pero en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.*” y la transfiguración, donde tres discípulos privilegiados vieron un poco del reino al cual Jesús aludía.

Hay también otra explicación posible, que vamos a detallar en este estudio.

3. El Reino de Dios

Pero en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

Esta es una afirmación sorprendente y significativa—por eso la introduce con “en verdad os digo”. Esto es Él hablando como Dios y no como profeta (Así dice Jehová). Dentro de las explicaciones posibles a este versículo hay dos que sobresalen del resto:

- a. Jesús considera todo el estado de exaltación, desde su resurrección hasta su segunda venida, como una unidad. Está diciendo que algunos de aquellos a quienes está hablando serán testigos del inicio de ese reino. Van a ver el “reino de Dios”; es decir, van a ser testigos de su poderosa manifestación, su venida “con poder”.

Con toda probabilidad, la referencia es a la gloriosa resurrección de Cristo, un acto de poder, su regreso en el Espíritu el día de Pentecostés, cuando los seguidores de Cristo recibirían poder y en estrecha relación con ese evento, la coronación del Mesías en el cielo, su exaltación a la “diestra del Padre ... por sobre todo principado, autoridad y poder”.

Entonces comenzarían a ocurrir en la tierra cambios tan grandes que, como comentarán otros, el mundo sería “trastornado” como lo fue hasta este día. Ocurrirían acontecimientos trascendentales: la madurez de la iglesia, su extensión entre los gentiles, la conversión de la gente por millares, la presencia y el ejercicio de muchos dones carismáticos, etc. Jesús predice que todo esto comenzará a ocurrir durante la vida de algunos de aquellos a quienes está hablando en ese momento.

Esta predicción se cumplió literalmente. De ningún modo todos los que la oyeron, ni siquiera todos los Doce, vivieron o estuvieron presentes para ver su cumplimiento total. Algunos “gustaron la muerte”, es decir, murieron, antes que se comenzara a cumplir; por ejemplo, Judas Iscariote. Tomás no estaba presente la tarde de la resurrección. Jacobo, el hermano de Juan, vio solamente el principio de este maravilloso período. Algunos apóstoles estuvieron ausentes cuando ocurrieron ciertos otros hechos importantes.

Pero muchos otros, tanto de los apóstoles como de los seguidores del Señor, incluyendo indudablemente “algunos de los que están aquí” no gustaron la muerte hasta que vieron estos hechos ocurriendo ante sus ojos.

- b. La transfiguración, en donde “nuestro Señor Jesucristo ... recibió de Dios Padre honra y gloria”, y también “majestad”, es considerada por algunos como incluida en la predicción hecha aquí. Fue atestiguada por solamente tres de los apóstoles. Pero, sea incluida o no, se ha dado suficiente evidencia que la predicción de Cristo se cumplió literal y gloriosamente.

4. El tiempo, los testigos y el lugar

Como ocho días después de estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar.

La expresión unos ocho días después de estos dichos, no está en conflicto con “seis días después” que detallan Mateo y Marcos en los relatos paralelos. Mientras Lucas probablemente estaba usando el método inclusivo de computación del tiempo, incluyendo en la cuenta tanto el día de la confesión de Pedro y el de la transfiguración de Cristo, los otros Sinópticos probablemente se estaban refiriendo a los seis días intermedios. Además, Lucas ni siquiera intenta ser preciso, porque dice “como ocho días”.

Sin embargo, hay que agregar que al decir “como ocho días después de estas palabras”, el médico amado no solamente está proporcionando una nota cronológica sino también está proveyendo una conexión lógica entre las “palabras” por una parte y la experiencia del Maestro en el monte de la transfiguración por la otra.

La exaltación de Jesús, desde la resurrección hasta la segunda venida, es prefigurada en la transfiguración, que se relata aquí. Esta transfiguración tuvo el doble propósito de:

- a. Preparar al Mediador para enfrentar con valor su amarga prueba, al recordarle del amor constante del Padre y de la gloria que seguiría a sus sufrimientos
- b. Confirmar la fe de Pedro, Jacobo y Juan—e indirectamente de toda la iglesia después de ellos—en la verdad que había sido revelada y confesada por Simón Pedro como portavoz de Los Doce cuando afirmó que Jesús era el hijo del Dios viviente.

Es imposible identificar con certeza el “monte”, o “el monte alto” como le llaman Mateo y Marcos, al cual Jesús condujo a los tres. Algunos dicen que era el monte Tabor, Sin embargo, en vista del hecho de que en aquel tiempo había una ciudad o fortaleza en la cumbre de aquella montaña, no es fácil ver cómo el Señor y estos tres hombres podrían haber encontrado la intimidad que estaban buscando. Otros favorecen el monte Hermón. Sin embargo, cuando Jesús (con los tres) desciende del monte, se encuentra con “una gran multitud”, incluyendo escribas. Esto parece indicar que “el monte de la transfiguración”, como se le puede llamar, no estaba en el extremo norte, poblado mayormente por gentiles. Un lugar mucho más lógico es Gebel Germak (o Germuk) en la Alta Galilea, la cumbre más alta de toda la región, a unos 1.300 metros sobre el nivel del Mediterráneo, que proporciona una hermosa vista panorámica por todos lados. Desde esta montaña había sólo una distancia relativamente corta hasta Capernaum, a donde parece haber llegado Jesús poco después. Por supuesto, no estamos seguros que esta sea la montaña a la cual Lucas se refiere, pero, por lo menos, llena todos los requisitos.

Es Lucas sólo quien menciona que Jesús subió al monte a orar. Es precisamente Lucas de quien se podría esperar el informe de este propósito. Es comprensible que el Mediador con frecuencia derramara su corazón ante el Padre en oración y que haría esto especialmente ahora, puesto que sabía que pronto estaría encaminándose hacia Jerusalén y a la amarga agonía que lo esperaba allí.

5. El cambio de apariencia

Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su vestido se volvió blanco y resplandeciente.

Repentinamente el rostro de Jesús “resplandeció como el sol” afirma Mateo en el texto paralelo.

Cada uno de los tres evangelistas relata a su manera el efecto de la transfiguración en la ropa de Jesús. Según Mateo, “sus vestiduras se pusieron blancas como la luz”. Lucas dice que el vestido de Cristo “brillaba como un rayo”. Marcos usa un término que no se halla en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. En la Septuaginta sirve para indicar al resplandor de las estrellas. Una buena traducción de Marcos 9:3 es “Sus vestidos se volvieron de un blanco resplandeciente”. Además, Marcos es el único evangelista que informa que ningún “batanero” de la tierra habría sido capaz de dejar estas ropas tan blancas. Un batanero es uno cuyo trabajo consiste en cardar y limpiar telas de lana. En el caso presente, el énfasis recae en la limpieza y el blanqueamiento; en consecuencia, un “blanqueador”. Otra traducción que merece consideración sería, “... tan blancos como ningún lavandero de la tierra los puede hacer”.

La fuente de esta brillantez eneguedora no se indica.

6. Los dos compañeros gloriosos y la conversación

Y dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. Estos aparecieron rodeados de gloria; y hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén.

La palabra “aparecieron” (esto es, Elías y Moisés) no significa mera apariencia subjetiva o mental. La referencia es a una manifestación objetiva. Se usa también en relación con la manifestación visible de ángeles en otros textos bíblicos y también del Cristo resucitado.

Pedro y sus compañeros vieron a estos visitantes del cielo con los ojos físicos. Nótese también que Elías y Moisés “hablaban con” o “conversaban con Jesús”. Da la impresión de que para Elías y Moisés era muy natural conversar con un ser exaltado como Jesús. Aquellos dos mensajeros del cielo mostraban, por supuesto, una gran reverencia “hablando con Jesús” en el monte de la transfiguración. Pero era una reverencia que excluía el temor y la turbación terrenal. La descripción que se hace en Marcos y sus pasajes paralelos, ¿no arroja algo de luz sobre el carácter de la comunión celestial?

La expresión “*rodeados de gloria*” probablemente indique que los dos estaban “rodeados de resplandor celestial”. No es necesario probar que “su partida [literalmente éxodo] ... en Jerusalén” se refiere a los amargos sufrimientos y a la muerte de cruz, es evidente. Tanto

Lucas como Pedro en dos textos diferentes, muestran claramente que para Jesús la experiencia del monte de la transfiguración fue una de consuelo y fortaleza. Además, ¿es siquiera concebible que estos mensajeros celestiales hablaran con Jesús acerca de sus sufrimientos y de su muerte y no de la “gloria que seguiría”? Es poco probable. En Jesús sufrimiento y muerte precede la gloria.

7. Lo que dice Pedro y la identidad de los acompañantes de Jesús

Pedro y los que lo acompañaban estaban rendidos de sueño; pero, permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que estaban con él. Y sucedió que, mientras estos se alejaban de él, Pedro dijo a Jesús:

—Maestro, bueno es para nosotros estar aquí. Hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés y una para Elías.

Pero no sabía lo que decía.

Pareciera que la transfiguración y la llegada de los dos visitantes del cielo ocurrió mientras los tres discípulos estaban envueltos en un profundo sopor. Por lo menos, no fue sino hasta que repentinamente se encontraron completamente despiertos que vieron claramente a Jesús en toda su gloria. También reconocieron a Moisés y a Elías, que estaban parados cerca de él.

¿Cómo supieron los discípulos que los dos del otro mundo que aparecieron repentinamente sobre el escenario eran Moisés y Elías? ¿Se presentaron por sus nombres estos visitantes? ¿Lo supieron por intuición? ¿Lo dedujeron de las palabras que cada uno hablaba, Moisés y Elías, en su conversación con Jesús? ¿Había sido transmitida por la tradición, sea oral o escrita, la apariencia personal de estos dos visitantes celestiales a los discípulos, de modo que por esta razón les fue fácil reconocerlos e identificarlos? ¿Les había sido revelada divinamente la identificación de ellos? O, finalmente, pero no menos fantástico, ¿llevaba Moisés en las manos una copia de la ley? y ¿descendió del cielo Elías en su carro de fuego? Todo lo que sabemos y necesitamos saber es que de un modo que no nos ha sido revelado, los tres discípulos reconocieron a los dos visitantes.

En cuanto a Moisés, sabemos que había muerto y había sido sepultado. ¿Estaba su cuerpo aun sepultado y le proporcionó Dios otro cuerpo para usar en esta ocasión? En cuanto a Elías, sabemos que no murió, sino que fue transportado corporalmente al cielo.

¿Por qué sólo estos dos? Dejando de lado toda especulación inútil, la respuesta más sencilla y mejor probablemente sea que Moisés y Elías representaban respectivamente a la ley y a los profetas, todo lo cual Jesús había venido a cumplir. También ambos representan a los dos tipos de creyentes que ascenderán a los cielos cuando Jesús regrese en gloria, unos que han sido sepultados y los otros que serán arrebatados.

En el momento mismo en que los dos hombres hubieron terminado su conversación con Jesús y estaban por partir, Pedro se dirigió al Señor en la forma siguiente: “Maestro, ¡qué bueno es para nosotros estar aquí! Hagamos tres enramadas”, etc.

Según Marcos, Pedro llama a Jesús “Rabí”; según el pasaje paralelo de Mateo, “Señor”; y según Lucas, “Maestro”. Evidentemente, los tres términos de estos pasajes deben considerarse sinónimos: todos quieren hacer justicia al carácter exaltado del Salvador. Cada evangelista ofrece su propia traducción de la palabra aramea que Pedro debió usar.

Compárese “hagamos” con “haré” de Mateo 17:4. Solución: La idea de Pedro era que, bajo su dirección, los tres discípulos construirían estas tiendas.

El problema de Pedro era que con demasiada frecuencia hablaba primero y pensaba después, si es que pensaba. Lo mismo hace aquí. De todos modos, no debiéramos ser demasiado duros con él, porque acababa de despertarse de un sueño profundo y, como lo indica el texto, no sabía lo que decía. Además, no da evidencias de ningún egoísmo: quiere hacer tres enramadas, no cuatro (incluyendo una para sí) ni seis (también una para Jacobo y una para Juan).

No obstante, su sugerencia era necia. Como si Jesús y los dos visitantes no tuvieran otros medios de protegerse a sí mismos contra el clima y el ambiente. Además, si se hubiera necesitado protección, ¿podrían ramas y matorrales—suponiendo que estuviesen inmediatamente disponibles—proporcionar fuerte protección?

En favor de Pedro podría decirse que por lo menos él somete la sugerencia al Señor, para que éste pueda decidir. Por otra parte, el deseo mismo de este apóstol de prolongar la escena de gloria (“¡qué bueno es para nosotros estar aquí!”) muestra que todavía no había recibido de corazón lo que Jesús le había enseñado. Desea quedarse muy lejos del sufrimiento, de la cruz, sea para Jesús o para él mismo. La proposición de Pedro ni siquiera recibió una respuesta; sino la respuesta estaba incluida en la acción que se narra en el versículo.

La sugerencia de Pedro demuestra su imprudencia: su actitud era la de un hombre que hace una observación precipitada. Él “realmente no sabía”, en verdad no supo qué decir. En tales circunstancias generalmente es mejor no decir nada. Sin embargo, esto difícilmente era lo apropiado para el locuaz Simón, sobre todo para un Simón que acaba de despertar del sueño y, al igual que Santiago y Juan, estaba lleno de temor.

Mateo relaciona el temor de los tres discípulos con la voz que salió de la nube; Lucas con la experiencia de entrar en la nube y Marcos con toda la escena. Conclusión: la reacción de los discípulos fue de creciente pavor, el que fue creciendo con cada detalle. Como ya se ha

dicho, la verdadera enseñanza de la transfiguración se fue aclarando gradualmente, después de una reflexión posterior.

Aunque por lo general el Evangelio de Marcos es el más dramático, a veces Mateo le supera en este aspecto. Así ocurre aquí: cf. Marcos y Lucas “vino una nube”, con Mateo, que dice: “he aquí—o: de repente—una nube brillante”.

8. La nube

Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube.

En la Escritura la presencia de Dios frecuentemente se indica mediante la mención de una nube. En varios casos, como también aquí, es una nube brillante, blanca o luminosa.

Lucas nos dice que los discípulos tuvieron temor. Hasta aquí está todo claro. Se asustaron porque “estos hombres” o “ellos” entraron en la nube. La pregunta es: “¿Quiénes entraron en la nube?” Aquí los expositores se dividen en cuatro grupos:

- a. Los que eluden la pregunta.
- b. Los que dicen: “Moisés y Elías”. (“se asustaron cuando los dos visitantes entraron en la nube”).
- c. Los que consideran más natural que Jesús, Moisés y Elías, los tres entraron en la nube.
- d. Los que dicen “Moisés, Elías y Jesús, pero, con toda certeza, los tres discípulos también”.

Muchos han señalado que la voz que sale de la nube, “podría difícilmente ser dirigida a alguien salvo a personas que estaban fuera de la nube”. Esto significaría que Pedro, Jacobo y Juan estaban fuera. Si entraron o no, el texto no lo define bien.

También es razonable suponer que la nube sirvió como un tipo de transporte para sacar a Moisés y Elías de la escena terrenal y llevarlos de regreso a su habitación celestial; porque, como aclara el versículo siguiente, ellos ya no están presentes.

Queda la pregunta: “¿Dónde estaba Jesús? Cuando Moisés y Elías hubieron entrado en la nube, ¿había entrado Él momentáneamente con ellos?” Aunque esto no se dice en forma específica, ¿no parece natural suponer que Él había hecho exactamente eso, puesto que del texto sabemos que Él había estado de pie conversando con los dos visitantes? Si esta conclusión es correcta, se desprende que los discípulos, estando ellos mismos fuera de la nube, repentinamente se dieron cuenta que la formación envolvente de luz difusa cubría a Jesús, a Moisés y a Elías. Además, sobre la base de esta suposición, la condición “alarmada” de los tres discípulos se hace más comprensible: los asustó quedar repentinamente separados de su Maestro.

9. La voz de Dios

Y vino una voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo amado; a él oíd».

Como ya se ha indicado, la voz de Padre no fue dirigida a Jesús—aunque éste también la oyó y fue consolado por ella—sino a los tres discípulos fuera de la nube. Ahora, si estos hombres hubieran conocido su Biblia y la hubieran interpretado correctamente, hubieran comprendido que la voz—que terminaba con “a él oíd”—era una clara confirmación del mesianismo de Jesús, porque reflejaba lo que dice en la ley (Torah):

Deuteronomio 18:15

Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis.

Y Pedro en su segundo discurso, después de la ascensión de Jesús lo afirma:

Hechos 3:22-23

...pues Moisés dijo a los padres: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable, y toda alma que no oiga a aquel profeta será desarraigada del pueblo”.

Esta exhortación a oír era ciertamente necesaria, porque los Doce no siempre tomaban de corazón las enseñanzas de su Maestro. A veces pensaban que su propio conocimiento y sabiduría era mejor que las de Él. Y su constante ansiedad por ser “el mayor” ¿no prueba cuánto necesitaban oír y prestar atención a esta advertencia?

“A él oiréis”. Él es nada menos que lo que el Padre aquí dice que es:

a. “mi Hijo”, un eco del mesiánico Salmo 2

Salmos 2:7

Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy

b. “mi escogido”, un recuerdo del pasaje igualmente mesiánico del profeta Isaías.

Isaías 42:1

*Este es mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento.
He puesto sobre él mi espíritu; él traerá justicia a las naciones.*

El Padre ama y se deleita en su Hijo; de ahí esta voz y esta gloria. No es de extrañarse, porque al negarse a caer en la trampa que Satanás recientemente le había tendido—un intento de lograr que Jesús buscara ganar la corona sin la cruz (narrado por Mateo en su evangelio) y por su serena conversación presente acerca del “éxodo” en Jerusalén, el Hijo estaba reafirmando su deseo y propósito de redimir su pueblo, cualquiera fuese el costo. Palabras similares del Padre ya habíamos escuchado cuando Jesús se bautizó en el Jordán.

Lucas 3:21-22

Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia».

Lo que en forma muy especial no debe escapar nuestra atención es la naturaleza infinitamente tierna del amor del Padre según se revela aquí: amor por su Hijo, su Escogido; y, en forma táctica, el amor por su pueblo; en un sentido, aun amor por “el mundo”.

Notemos que “a él oíd”, es una exhortación que aparece en los tres evangelios. Aquí el Padre se une al Hijo en el hecho de subrayar la importancia del escuchar con atención; sólo que ahora se indica que es específicamente al Hijo al que los hombres deben oír.

Es evidente que la exhortación era necesaria. En general ¿cómo habían recibido las palabras y mensajes de Jesús? Con toda justicia se puede decir que la gente había demostrado un tremendo interés. La enseñanza de Cristo respondía a una necesidad. Además, era penetrante, refrescante, original, no como la de los escribas.

Aunque muchos corazones habían cambiado y muchas vidas se habían transformado por la gracia de Dios, las más de las veces la reacción fue de desobediencia, de incredulidad y aún de burla. Jesús halló oposición y odio enconado por parte de sus mortales enemigos, e incluso sus discípulos expresaron a veces cierta incredulidad. Entendieron mal las cosas y una vez Pedro descendió a un nivel tan bajo de entendimiento que hasta llegó al punto increíble de contradecirle totalmente. La parábola del sembrador se repetía constantemente en la reacción de los individuos y de las multitudes; muchos oían, pero pocos prestaban atención. Sin embargo, la fe se produce por el oír, se despierta por el mensaje; y sin fe es imposible agradar a Dios y ser salvo. Podemos entonces comprender el valor que tiene esta voz del cielo, “A él oíd”.

10. Jesús queda solo

Cuando cesó la voz, Jesús se encontraba solo.

Al oír la voz, los discípulos se habían caído sobre sus rostros, porque estaban terriblemente asustados, nos afirma Mateo en el texto paralelo. No hay mejor comentario sobre este texto que la explicación de Mateo:

Mateo 17:7-8

Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: «Levantaos y no temáis».

Cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo.

El amor por Su Padre, por los Doce y por todos aquellos a quienes vino a salvar le impidió que acompañara Moisés y a Elías en su viaje de regreso al cielo. ¡Aleluya, qué Salvador!

11. El silencio de los discípulos

Ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.

Este silencio fue en obediencia a la orden dada por Jesús, según se registra Marcos:

Marcos 9:9

Mientras descendían del monte, les mandó que a nadie dijeran lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de los muertos.

Jesús sabía que aún no había llegado el tiempo para la manifestación pública de su gloria. Esa gloria había sido prefigurada en la transfiguración y estaba a punto de manifestarse en su muerte y resurrección. Cuando hubiera que hacer el primer anuncio público ante el pueblo, representado por sus dirigentes, Él mismo lo haría. Después de su resurrección, los discípulos serían libres y aun responsables de contar en todo lugar lo que habían visto, oído y experimentado en el monte de la transfiguración. El hecho mismo de la muerte de Cristo, seguida por su resurrección y ascensión, iluminaría el relato de la transfiguración, poniéndolo en su perspectiva correcta.

Notemos en el texto de Marcos el énfasis “lo que habían visto”. Es evidente que ni Jesús mismo, ni su biógrafo, Juan Marcos, consideraron lo sucedido en el monte como si fuera una visión meramente subjetiva, o peor aún, como una ficción de la imaginación. Además, los tres discípulos también estaban plenamente convencidos de haber visto “con nuestros propios ojos su majestad” como lo declararían más adelante.

12. Síntesis del texto estudiado

Existe una conmovedora y hermosa conexión entre los capítulos 8 y 9 del evangelio de Lucas. En el párrafo final del capítulo 8 se describe a Jesús como Aquel que resistió la tentación de Satanás, quien intentaba evitar que Jesús marchara a la cruz. El Señor le responde, “Retírate de mi vista, Satanás”. Con esta reacción contra el siniestro ataque del diablo, Jesús reafirma su decisión de ser “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Hablando en términos humanos, este hecho conmueve intensamente el corazón del Padre, quien ahora, como consecuencia, responde en el monte de la transfiguración, impartiendo a su Hijo “gloria y honor”. Según Marcos, esto lo hizo:

- a. Envolviendo su cuerpo, incluso aun sus vestidos, de un resplandor celestial
- b. Enviándole dos mensajeros celestiales, Elías y Moisés, que hablaron con Él acerca de su pasión cercana y (probablemente también) de la recompensa subsiguiente
- c. Proclamando a oídos de Pedro, Santiago y Juan, “Este es mi Hijo, mi Amado; a él oíd”.

Una vez que llegamos a entender la conexión entre estos dos capítulos, no sólo se nos hace más fácil recordar la transición del capítulo 8 al capítulo 9, sino también—y esto es lo más importante—tener una comprensión más completa del verdadero significado de la transfiguración.

Por la forma en que este relato se desarrolla en los Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), es evidente que aquí también es probable la existencia de material original tanto escrito como oral, al menos para los últimos Evangelios. Pero también es claro que ningún evangelista depende servilmente de otros: cada uno de los relatos paralelos contribuye con aspectos que no se hallan en los otros. Notemos las siguientes aportaciones individuales:

- a. Mateo es el único que nos dice que el rostro de Jesús “resplandecía como el sol”. Lucas sólo dice que la apariencia de su rostro fue cambiada. Marcos omite totalmente este punto.
- b. Mateo es el único que declara que cuando una voz habló desde la nube, “los discípulos cayeron sobre sus rostros”, Jesús fue y tocó a aquellos hombres asustados, y les dijo que no temieran.
- c. Mateo tiene una narrativa viva y dramática en detalles: “mientras él estaba aún hablando, los cubrió repentinamente una nube brillante ...”.
- d. Lucas informa que la transfiguración ocurrió cuando Jesús oraba mientras Pedro y los demás estaban rendidos por el sueño.
- e. Sólo Lucas relata el tema de la conversación entre Jesús y los mensajeros del cielo.
- f. También hay leves diferencias en las palabras que dos de los tres usan para describir lo que el Padre dice al ensalzar a su Hijo ante los discípulos:
Mateo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd».
Marcos: «Este es mi Hijo amado; a él oíd».
Lucas: «Este es mi Hijo amado; a él oíd».

Hagamos entonces una paráfrasis del texto intentando juntar las tres versiones:

Seis días después—es decir, seis días después de la confesión de Pedro y de la primera predicción que Cristo hizo acerca de la pasión y la resurrección—Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan—para que después del gran acontecimiento de la Pascua dieran testimonio de lo que vieron—y los llevó a un monte alto—¿Jebel Jermak en la parte alta de Galilea?—aparte solos—los otros nueve discípulos quedaron atrás; y se transfiguró—su apariencia exterior fue cambiada—delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco resplandeciente, más blanco de lo que cualquier lavadero en la tierra pudiera blanquear. Y se les aparecieron Elías y Moisés—probablemente representando respectivamente a los profetas y a la ley que Cristo vino a cumplir—que hablaban con Jesús. Hablaron con Él acerca de su “partida”, que se acercaba rápidamente y que tendría lugar en Jerusalén. Entonces Pedro habló y dijo a Jesús, “Rabí, ¡qué bueno es para nosotros es-

tar aquí! Hagamos tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías—como si los visitantes celestiales necesitasen refugios terrenales. Porque realmente no sabía qué decir, tan amedrentados estaban. Además, estaban, o al menos habían estado, “rendidos por el sueño. Entonces vino una nube que los cubrió—muchas veces en las Escrituras la presencia de Dios se indica por medio de una nube luminosa y de la nube vino una voz: “Este es mi Hijo, mi Amado; a él oíd”. Al llamar al Hijo “mi Amado”, y al decir a los tres apóstoles que le escuchasen y que continuasen haciéndolo así, el Padre estaba honrando a su Elegido en presencia de ellos. Y repentinamente, al mirar alrededor, ya no vieron a nadie más con ellos, sino a Jesús. El deslumbrante resplandor no se prolongó mucho y a continuación se hallaron otra vez a solas con Jesús. Todo esto fue un acto de bondad divina hacia aquellos tres hombres.

13. Conclusión

En el último versículo del capítulo anterior, Jesús dice que algunos de los que estaban allí verían el Reino de Dios antes de morir. Algunos han mantenido que Jesús estaba pensando en su gloriosa Segunda Venida y estaba diciendo que tendría lugar en la vida de algunos de los presentes; y que, por tanto, estaba equivocado. Pero no es eso.

Lo que Jesús decía es que «antes que pase esta generación veréis las señales de que el Reino de Dios está en marcha.» Y no cabe duda de que aquello sí sucedió. Algo vino al mundo que, como la levadura en la masa, empezó a cambiarlo. No estaría mal que, a veces, aparcáramos nuestro pesimismo y pensáramos más bien en la luz que ha empezado a amanecer en el mundo. ¡Ánimo! El Reino viene de camino y haremos bien en darle gracias a Dios por todas las señales de su amanecer.

Aquí tenemos otro de los momentos decisivos de la vida de Jesús en la Tierra. Debemos recordar que estaba a punto de ponerse en camino hacia Jerusalén y hacia la cruz. Ya hemos estudiado otro momento decisivo, cuando les preguntó a sus discípulos Quién creían que era Él, a fin de saber si alguien había descubierto su verdadera identidad. Pero había algo que Jesús no haría jamás: no daría ni un paso sin la aprobación de su Padre. Esto es lo que le vemos buscar y recibir en esta escena.

Jesús había subido al monte a orar y por lo tanto tener comunión con su Padre. Allí se le aparecieron Moisés, el gran legislador del Pueblo de Israel, y Elías, el más grande de sus profetas. Era como si los príncipes de la vida, del pensamiento y de la religión de Israel le dijeran que siguiera adelante. Ahora Jesús podía dirigirse a Jerusalén, seguro de que por lo menos un grupito de hombres sabía Quién era, seguro de que lo que estaba haciendo era la consumación de toda su vida terrenal, seguro de que su Padre y Él estaban de acuerdo con el paso que Él daba. Su destino inmediato era la cruz.

Tres discípulos fueron testigos y se agregaron dos testigos celestiales que vinieron a hablar también de la cruz. Finalmente, el Padre intervino.

Fueron siete los seres que participaron en esta escena. Así de importante es. Estaba por ocurrir el evento más relevante de la historia de la humanidad... la cruz. Esta cruz nos ofrece un antes y un después. Antes se requería de puentes (pontífices), de intermediarios (cohen que en hebreo quiere decir sacerdotes), de personas que Dios nombraba para llevarnos a tener comunión con Él. Después de la cruz, esto se eliminó. El velo del Templo fue rasgado indicando que ahora podemos tener una relación directa con nuestro amado Padre. La muerte expiatoria de Jesús nos permite prescindir de los intermediarios y atender una invitación que nuestro Señor nos hace de forma directa. Él nos dice:

Hebreos 4:14-16

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995